

Programa de Formación Permanente

2020 Profetas del Reino

6. Jesucristo, sacerdote y siervo.
El misterio de la fe celebrado y
vivido en clave de servicio





**JESUCRISTO, SACERDOTE Y SIERVO.
EL MISTERIO DE LA FE CELEBRADO Y VIVIDO EN
CLAVE DE SERVICIO**

*Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes
(Jn 13, 15)*

“Todo el culto cristiano deriva del sacerdocio de Cristo”¹, y el auténtico amor cristiano encuentra en este el modelo perfecto de *diakonía* porque “no se trata solamente de una acción, sino de una atmósfera en la que respira el creyente y donde halla la fuerza para amar y servir a sus semejantes: es un amor de entrega, hecho comunicación y sacrificio”². Como Sumo Sacerdote, Jesucristo ofreció al Padre el sacrificio mediante el cual realiza, de forma suprema, la glorificación de Dios y la santificación de los hombres. Es el inicio de la nueva y eterna alianza, sellada con su propia sangre, que se derrama para la remisión de los pecados de toda la humanidad (cf. Mt 26,28).

Su sacerdocio, dice la *Carta a los Hebreos*, no es igual al levítico: no tiene principio y ni final, ni genealogía y ni muerte (cf. Hb 7, 1-10). Jesucristo ha sido constituido sacerdote mediante una proclamación solemne y jurada, y su sacerdocio es de un género y orden diferentes, asemejado más al de Melquisedec, quien recibe la ofrenda de Abrahán y a quien este pide su bendición sacerdotal (cf Gn 14, 18-20). Por su glorificación tras su pasión y muerte, Jesucristo se constituye en el sumo,

¹ Tomás de Aquino, *Suma de teología*, III, 63, 3.

² L. F. García-Viana, “Evangelio según san Lucas”: Casa de la Biblia, *Comentario al Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella 1995, 253.

eterno y perfecto sacerdote (cf. Hb 7,28), que realiza en la liturgia sagrada de la Iglesia el sacrificio de la Nueva Alianza³.

El servicio es una misión de Jesús que forma parte de su identidad. De ahí que quiera que sus servidores opten por el amor tal como él lo practica: un amor-caridad efectivo y no solo afectivo. En los evangelios se advierte que enseñó a sus discípulos que la grandeza de su misión no estaba en el buscar puestos de honor o de autoridad, como los poderosos de su tiempo, sino en el servicio desinteresado a todos, sin diferencia alguna (cf. Mc 10,35-45). Esta quiere que sea la norma distintiva de su comunidad y,

como modelo de este comportamiento que pide a los suyos, Jesús no duda en ofrecerse a sí mismo, interpretando toda su obra en clave de servicio, un servicio sin límites que llega hasta la entrega de la propia vida en favor de los demás⁴.

De otra parte, notamos que Jesús no solo participó en banquetes o invitó a otros a comidas presididas por él, sino que asumió la función de sirviente o *diákonos*, cumpliendo lo que dice: “Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve” (Lc 22, 27). Su *diaconía* aparece como un verdadero servicio al banquete del Reino, por el que se expresa de forma excelente la salvación de Dios, pero también la comunión y fraternidad humanas en torno a su persona⁵. Sus palabras, y sobre todo su ejemplo, son una advertencia dirigida a los poderosos de la tierra para que acepten este servicio como un rasgo de poder en la comunidad cristiana⁶: “En esto conocerán que son mis discípulos” (Jn 13,35).

Todas estas actuaciones de Jesucristo (palabras, gestos, signos) se hacen realidad hoy en la celebración litúrgica, no como recuerdo de simples acontecimientos históricos, sino como una actualización del Misterio celebrado a través de los *ritus et preces*. Jesucristo es el *Liturgo* que continúa realizando su obra de salvación. Por esta razón,

en la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero (cf. Ap 21,2; Col 3,1; Heb 8,2) (SC 8).

Al ser la liturgia obra de Cristo Sacerdote y de su santa Iglesia (cf. SC 7b), hace partícipes en ella a todos los bautizados, no de forma ajena o exterior, sino configurándolos en un único “pueblo sacerdotal”, destinado a proclamar entre los hombres la gloria de Dios (cf. 1P 2, 5-9). Con razón, la Constitución *Sacrosanctum Concilium* dice que la liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo, mediante

³ Cf. L. Rubio Morán, “Escrito a los Hebreos”: Casa de la Biblia, *Comentario...* 628-629.

⁴ F. Pérez Herrera, “Evangelio según san Marcos”: Casa de la Biblia, *Comentario...* 164.

⁵ Cf. D. Borobio, “Leitourgia y diaconía. La liturgia como expresión y realización de las cuatro dimensiones de la misión”: *Salmanticensis* 36 (1989) 151.

⁶ Cf. L. F. García-Viana, “Evangelio según san Lucas... 253.

el cual se realiza la santificación de los seres humanos y se lleva a cabo el culto íntegro de su Cuerpo místico (cf. SC 7c). Por tanto,

todos los cristianos han de ejercitar con Cristo su sacerdocio en el culto litúrgico, aunque no todos participen del sacerdocio de Jesucristo del mismo modo⁷ (sacerdocio ministerial o sacerdocio real).

Este escrito quiere mostrar cómo la *diakonía* se relaciona, cual elemento integrante, con *leiturgia*, hasta el punto de que no se da la una sin la otra, explícita y significadamente⁸. Para ello, el autor analiza cuatro acciones, que bien se pueden llamar proféticas, realizadas por Jesús en la última cena pascual con sus discípulos antes de su muerte. Tiene presente el doble título (Sacerdote y Servidor) del que se hablaba al inicio, ya que en Jesús su identidad personal resulta inseparable de su misión.

Son títulos que manifiestan la diaconía de Cristo hasta llegar al supremo servicio de la Cruz, como canta la antífona de comunión de la misa de Ordenación de los diáconos: El Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos, hasta una muerte de Cruz⁹.

Finalmente, y a manera de conclusión, el mandato de Jesús a sus discípulos: “También ustedes deben lavarse los pies unos a otros (Jn 13,14), quiere ser una aplicación pastoral, que lleve al lector a tomar conciencia de la necesidad de hacer vida aquello que se celebra, ya que la liturgia no puede ser un simple acto ritual, exterior en la vida del creyente, sino el lugar donde se celebra la fe desde el servicio al prójimo y en el que el ejemplo de Jesucristo sigue siendo una norma de vida interpelante en la existencia del auténtico cristiano.

Los cuatro evangelistas narran el momento en que Jesús compartió con sus discípulos la cena de aquel jueves, víspera de Pascua, y describen, cada uno a su manera, los detalles de tan solemne momento. Sin embargo, llama la atención que el *Evangelio de san Juan* no se refiera propiamente de la institución de la eucaristía (tratada, por otra parte, ampliamente en el discurso del “Pan de Vida” del capítulo 6), sino que prefiere sustituirla por un gesto que señala el significado último de la Eucaristía como acto de amor extremo de Jesús por los suyos, manifestación de un servicio pleno hacia los discípulos: el lavatorio de los pies¹⁰.

Aunque lavar los pies era un gesto común de cortesía y hospitalidad en los países orientales, ya que el anfitrión (el jefe de la tribu) lavaba los pies a sus invitados o los ungía, Jesús hace de él un “signo profético” de lo que es el verdadero servicio, en el que simbolizar toda su misión:

la entrega de su vida; no solo el acto caritativo prestado a los demás, sino el servicio supremo que realiza el siervo de Dios por excelencia en favor de los hombres. De modo que, gracias a

⁷ <https://es.catholic.net/op/articulos/54676/cat/865/liturgia-5-jesucristo-sacerdote-eterno-de-la-liturgia-de-la-iglesia.html#modal>.

⁸ Cf. D. Borobio, “Leitourgia... 150.

⁹ <https://serviren.info/la-plegaria-de-ordenacion-de-diaconos/>.

¹⁰ Cf. F. Oñoro, “Discipulado de la Palabra”: *Semana Santa. Jueves Santo*.

este infinito servicio de Jesús, los hombres pasan a formar parte con él en la filiación divina y en la herencia prometida; son, pues, hermanos y coherederos del reino¹¹.

Es importante anotar también que ninguna prescripción legal de los judíos indicaba que en alguna cena, o incluso en la conmemoración de la Pascua, los comensales se lavaran los pies, sí las manos. Tampoco en ninguna norma litúrgica del *Levítico* ni del Código de Santidad se indicaba lavar los pies antes de la cena. Por lo tanto, si este acto no es una prescripción legal, jurídica o litúrgica, es una acción profética de Jesús, como aquellas que hacían los profetas del Antiguo Testamento para generar un eco profundo en su comunidad y en las de todos los tiempos. Es un acto que quiere indicar el verdadero amor, no de los afectos, sino del servicio. Por eso es diaconía: no espera nada a cambio.

Se requiere, asimismo, aclarar que Jesús no pretendía instituir un rito o un acto de culto. Sabía que aquella cena pascual no iba a ser igual a las demás, y el hecho que se insertara en la cena de Pascua, en la que además entregaba su cuerpo y su sangre, denota una clara relación entre la Eucaristía y el servicio, entendiendo este último como la expresión máxima de comunión con Dios a través del partir y el compartir el pan. Del encuentro con Cristo Sacerdote en el altar brota el amor sin límites, desinteresado, sin fronteras, sin clases sociales, ya que es allí donde él se hace el Siervo de los siervos.

Si el servicio auténtico no brota de la Eucaristía se queda simplemente en un acto filantrópico de amor por la humanidad. El evangelista Juan detalla el orden de los verbos: “Se levantó de la mesa”, “se quitó el manto”, “tomó una toalla y se la ciñó a la cintura”, “luego echó agua en la jofaina y comenzó a lavar los pies de los discípulos”. Esto tiene un significado muy importante, porque indica que todos los verbos están subordinados al primero; significa que tienen un valor salvífico si parten de la Eucaristía.

Si antes no se ha estado “en la mesa”, hasta el servicio más generoso prestado a los hermanos corre el riesgo de la ambigüedad, nace bajo el signo de la sospecha, degenera en la demagogia fácil y se deshilacha en el filantropismo intrigante, que tiene poco o nada que ver con la caridad de Jesucristo¹².

Desde este punto de vista, y permitiéndome un poco de interpretación, se podría dar un sentido a lo que la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, en el número 7a, hablando de la presencia de Cristo en la Liturgia, dice: “Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza”. Esto, porque la Liturgia es “obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia”. Por lo tanto, si los sacramentos son signos sensibles-externos en la Iglesia, por los que Cristo sigue actuando entre la humanidad, ¿no podría ser el lavatorio de los pies uno de estos signos (un sacramento) donde Cristo sigue actuando entre

¹¹ Cf. <http://www.autorescatolicos.org/misc03/camilovalverdeellavatorio.htm>.

¹² https://mercaba.org/LECTIO/Jn_13_01-05.htm.

nosotros?¹³ Al ser la liturgia la “obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia”, en ella ambos actúan de forma indivisa, por lo que

en el servicio inspirado en el lavatorio de los pies es el mismo Jesús quien actúa sirviendo en las vidas de los que son servidos. Su corporalidad se hace presente mediante la corporalidad del servidor, y también del que es servido¹⁴.

Este signo de lavarse los pies se conservó en las primeras comunidades cristianas, aunque no relacionado directamente con la Eucaristía, sino más bien como un signo de humildad y de acogida que realizaban las viudas, como se lee en el texto de 1Tm 5,10: “Y que sea reconocida por sus buenas obras, tales como criar hijos, practicar la hospitalidad, lavar los pies de los creyentes, ayudar a los que sufren y aprovechar toda oportunidad para hacer el bien”. Otras evidencias de este “rito” en la era post-apostólica son en realidad escasas. Tertuliano menciona la práctica en su obra *De Corona*, pero no detalla ni quién ni cómo se practica. Se sabe que fue cultivado por la iglesia de Milán, que lo menciona el Concilio de Elvira (300) y que incluso san Agustín lo relaciona ceremonialmente con el bautismo¹⁵.

El rito del lavatorio de los pies, tal como lo celebramos hoy en la liturgia, es decir, asociado a la celebración de la Cena del Señor, se remite a la patrística tardía. En esta época se llevaba a cabo el Jueves Santo un rito conocido como *Mandatum*, como señal de servicio apostólico¹⁶. Luego fue establecido por el Concilio de Toledo del año 694¹⁷. En el Misal de san Pío V de 1570, el rito del *Mandatum* aparecía fuera de la misa y con la participación única de los clérigos, de tal manera que no era ni un acto público ni podían participar los seglares¹⁸, reinterpretando las palabras del evangelista Juan: “Habiendo terminado la cena” (Jn 13, 2). Finalmente, con la reforma del Triduo Pascual en 1955, el papa Pío XII trasladó este rito a la mitad de la celebración, después de la lectura del *Evangelio de San Juan* (tal y como se realiza actualmente), añadiendo que en él podían participar doce varones.

Este breve recorrido por la historia de este rito quiere mostrar la dimensión cultural y existencial que encierra en sí, e invita al creyente a conformarse íntimamente a Cristo, “que no vino a ser servido sino a servir” (Mt 20, 28) y, llevado

¹³ Cf. <https://serviren.info/lavatorio-los-pies-sacramento-diaconal/>.

¹⁴ <https://serviren.info/lavatorio-los-pies-sacramento-diaconal/>.

¹⁵ Cf. https://es.qwe.wiki/wiki/Foot_washing.

¹⁶ La primera referencia inequívoca a la ceremonia del lavado de pies proviene de un documento del siglo VII llamado *Roman Ordo en Coena Domini*, que menciona al Papa lavando los pies de sus asistentes el Jueves Santo.

¹⁷ En este año, el rey visigodo Egica convocó el XVII Consejo regional de Toledo. El Consejo promulgó ocho cánones, entre los cuales leemos el siguiente: “El lavado de pies en la fiesta de la *Coena Domini*, que ha caído en desuso en algunos lugares, debe observarse en todas partes” (canon 3).

¹⁸ Cf. <https://domuseclesia.wordpress.com/2016/03/23/el-rito-del-mandamiento-nuevo-lavatorio-de-los-pies-bergoglio-francisco-mujeres-jueves-santo/>.

por un amor “hasta el extremo” (Jn 13,1), dio su vida por la salvación de toda la humanidad. De esta forma, lo que hoy se realiza en la liturgia como un rito dentro de la celebración de la Cena del Señor al inicio del Triduo Pascual, en la que también se recuerda la institución de la Eucaristía, es mucho más que un simple rito; es parte del testamento espiritual de Jesús a sus discípulos, que constituye el corazón de la comunidad:

Si la Eucaristía hace a la Iglesia, el “ejemplo” del lavatorio de los pies sigue siendo el acto fundador por el que se constituye la Iglesia¹⁹.

ESTO ES MI CUERPO, QUE SE ENTREGA POR USTEDES (LC 22,19)

Jesús sabía que se acercaba su muerte cuando comió con sus discípulos en la cena de Pascua. En el *Evangelio de Mateo* se lee: “Vayan a la ciudad, a casa de Fulano, y díganle: «El Maestro dice: Mi hora está cerca, y voy a tu casa a celebrar la Pascua con mis discípulos»” (Mt 26,18). También en el *Evangelio de Juan*, al inicio de la cena, a manera de preámbulo, dice: “Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre...” (Jn 13,1). Este era un momento solemne, cargado de signos, de sentimientos, de enseñanzas, de verdadero amor, en el que quedaría claro quiénes eran sus discípulos. Había llegado su hora. Él mismo les dice: “¡Cuánto he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de mi muerte!” (Lc 22,15). Por lo tanto, todo lo que allí sucedería aquella tarde tenía un significado y quedaría para siempre en el corazón de sus discípulos.

Las instrucciones para comer la Pascua eran precisas. Habían sido dadas por Yahvé a Moisés (cf. Ex 12,1-14). Se trataba de todo un ritual litúrgico que se mantenía vivo de generación en generación. Pedro y Juan habían dispuesto todo lo necesario para celebrar la más grande fiesta de Israel, con toda la solemnidad que dicho acontecimiento merecía. Jesús y sus discípulos sabían que aquel momento estaba cargado de espiritualidad:

Es una llamada a la unidad y a la solidaridad por encima de los individualismos egoístas; forma o consolida al grupo: el que se aparta se expone a morir: en la comunidad está la vida. Aunque nadie es imprescindible, todos son necesarios y cada uno debe asumir su parte de responsabilidad y servicio²⁰.

Sin embargo, las palabras de Jesús sobre el pan: “Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes”, desconciertan a los discípulos e introducen la gran novedad de lo que estaba sucediendo y de lo que estaba por ocurrir.

Todo esto hace pensar entonces que, al saber Jesús que se acercaba su final, se dispone a realizar un gesto íntimamente asociado a su muerte. “Esto no era raro en la actividad de los profetas: realizaban acciones simbólicas que anunciaban y anticipaban un acontecimiento futuro (cf. Is 20,3; Jr 19,10-11; Ez 5, 1-14). Se daba

¹⁹ X. Léon-Dufour, *Lectura del Evangelio de Juan*, III, Sígueme, Salamanca 1998, 49.

²⁰ J. Guillén Torralba, “Éxodo”: Casa de la Biblia, *Comentario al Antiguo Testamento*, Verbo Divino, Estella 1997, 136.

un estrecho vínculo entre el gesto significativo y la realidad que se anunciaba²¹. Se da aquí una relación clara entre la cena, la pasión y la muerte de Jesús, desarrollada en una asamblea litúrgica.

Dios Padre, en un acto supremo de amor por la humanidad, entregó a su Unigénito (cf. Jn 3,16) para que, a través de él, alcanzáramos la salvación. Toda la vida de Jesús fue, por consiguiente, una entrega total que no se midió por sentimientos o emociones, sino por una obediencia radical a la voluntad del Padre. “Su cuerpo fue como un pan continuamente entregado —desde las manos del Padre— para alimentar a los hombres y mujeres de su tiempo, sea hablándoles, mirándolos o siendo mirado por ellos, tocándoles o siendo tocado, caminando a su lado, comiendo con ellos, escuchándolos, abrazándolos o dejándose acariciar”²². Es el mismo pan (su cuerpo) que ahora, en la cena de Pascua, se entrega definitivamente por sus discípulos y por “muchos”.

Es también una entrega recíproca. Jesús había dicho a sus apóstoles y a todos aquellos que quisieran ser sus discípulos: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26). “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16, 24). Seguirlo a él implicaba renuncia y entrega. Renuncia, en primer lugar, a las relaciones familiares, a las seguridades humanas, a las posesiones, incluso al auto-referencialismo; ruptura con todo aquello que pudiera ocupar un lugar más importante que Jesús y su mensaje. Entrega, en segundo lugar, que se traduce en confianza absoluta al plan salvífico de Dios, a su palabra y a su voluntad por encima de todas las cosas, con la confianza en el Padre de cielo, de quien el discípulo lo recibe todo (cf. Mt 6,26-33).

Ahora en el Cenáculo, junto a sus amigos, su sacerdocio se concreta en la donación de su Cuerpo –su vida– como ofrenda en obediencia al Padre. Don que se consumará totalmente en la cruz. En efecto, dice la *Carta a los Hebreos*: “Por lo cual, al entrar el en el mundo, dice: ‘Sacrificio y ofrenda no has querido, pero un cuerpo has preparado para mí’; en holocaustos y sacrificios por el pecado no te has complacido. Entonces dije: ‘He aquí, yo he venido (en el rollo del libro está escrito de mí) para hacer, oh Dios, tu voluntad’” (Hb 10, 5-7). Sin embargo, la esencia de este sacrificio de entrega de Jesús no es solo la negación de sí mismo; está en el hecho de que es una entrega en favor de los demás.

En Jesús, el sacrificio y el culto al Padre aparecen como *diakonía*, como servicio y entrega al hombre. La filiación divina desemboca en fraternidad humana, y ambas cuestan ‘sangre’²³.

La Plegaria Eucarística IV del Misal Romano introduce la narración de la institución de la Eucaristía con estas palabras: “Porque él mismo, llegada la hora en

²¹ E. Córdoba González, *1 y 2 Corintios. 1 y 2 Tesalonicenses*, Verbo Divino, Estella 2016, 134.

²² <http://boosco.org/www/2016/11/05/esto-es-mi-cuerpo-que-sera-entregado-por-ustedes/>.

²³ D. Borobio, “Leitourgia... 152.

que había de ser glorificado por ti, Padre santo, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. En esta Anáfora, en la que la muerte de Jesucristo es sinónimo de glorificación, se presenta la entrega del Hijo de Dios como voluntaria y vivificante, porque está fundamentada en el verdadero amor por los “suyos”. El amor extremo que movió el corazón del Padre para entregar su Hijo al mundo es el mismo que lo mueve a él para entregarse por sus discípulos, ya que sabe que su muerte no es el fin, sino el comienzo de la vida verdadera. Es un amor de entrega que, llevado al extremo, produce el auténtico fruto: la salvación.

En las palabras de Jesús a sus discípulos: “que se entrega por ustedes”, se encuentra el valor supremo de su misión: “El ser de esa persona es ser-para-los-demás; su esencia más íntima la constituye el entregarse. Y por eso, como se trata de la persona en su integridad, y como ella misma desde su interioridad consiste en ‘estar abierta’, en entregarse, también puede ser compartida”²⁴. En esta entrega del Maestro encuentran también los discípulos la razón de ser de su llamada: el seguimiento es respuesta al amor infinito de Dios, que los amó primero y, por lo tanto, deben entregar también su vida por él y por la salvación de toda la humanidad; de este modo, dan a Dios testimonio constante de fidelidad y de amor. La oblación de su propia vida, a imitación de la que tiene lugar en la cena de Pascua, configura al discípulo con la persona de Jesús y lo hace constante testigo de fidelidad y de amor²⁵.

SE LEVANTA DE LA CENA, SE QUITA EL MANTO Y, TOMANDO UNA TOALLA, SE LA CIÑE (JN 13,4)

Si bien se ha dicho antes que la tradición de lavar los pies en una comida era un signo de acogida, hospitalidad y fraternidad con el que llegaba a casa, sobre todo si era el huésped de honor, y que formaba parte de los ritos establecidos para la celebración de la cena pascual, el evangelista Juan escribe que Jesús se levantó de la cena (por lo tanto, ya estaban en ella y esto es algo que sorprende sobremanera a sus discípulos y que, por su puesto, no entienden). No se sabe el momento preciso en el que Jesús hace esto, y si ya había entregado su cuerpo y su sangre; pero lo que realiza es un gesto que cambiará por completo la mentalidad que podían tener sus discípulos sobre él.

Aunque la mayoría de las traducciones emplean la expresión “manto”, la palabra griega utilizada por el evangelista es *himátia*, que significa “los vestidos”. Es la misma expresión que se encuentra en el *Evangelio de Mateo* cuando dice que el

²⁴ J. Ratzinger, *La presencia real de Cristo en el sacramento de la Eucaristía*, München 1978.

²⁵ Cf. Prefacio I para la misa de Ordenación sacerdotal. *Cristo sacerdote y ministerio de los sacerdotes*.

sumo sacerdote “rasgó sus vestiduras”, en el momento del juicio de Jesús, ante el Sanedrín (cf. Mt 26,65). Subrayaría la cualidad de la persona que hace ese gesto²⁶.

Como todo judío, Jesús usaba un manto conocido como Talit. Es una pieza de tela sin costura, usada sobre la túnica en forma de chal, que en las cuatro esquinas lleva unos flecos llamados Tzitzit. Estos flecos tienen una determinada cantidad de nudos, que representan las 613 leyes mosaicas (cf. Nm 15,37-41; Dt 22,12)²⁷.

En la tradición bíblica, la palabra “manto” tiene varios significados. Por una parte, representa poder–realeza–gobierno. En el *Primer libro de Samuel* se lee, por ejemplo, que David corta la orilla del manto real de Saúl (cf. 1 Sm 24,4), acto que los exegetas interpretan como una señal de lo que sucedería en el futuro, cuando Dios le entregaría el reino a David²⁸. También en el antiguo Israel, el gesto de echar encima el manto o la capa equivalía a una toma de posesión y a la adquisición de un derecho (cf. Rt 3,9). A la vez, este gesto era una especie de investidura para el ministerio profético, ya que Eliseo, por ejemplo, al quedarse con el manto de Elías, recibió también el espíritu y el poder que lo capacitaban para continuar la misión de su maestro (cf. 2 R 2,13-15)²⁹.

La toalla o el lienzo (en griego *léntion*) era utilizado por los sirvientes o esclavos para realizar sus tareas como delantal ceñido al cuerpo. Hay también otra prenda, a la que no hace referencia el evangelista Juan en este episodio (más adelante sí), que es la túnica que llevaba Jesús. Al decir que se había quitado el manto, indica que el Maestro se ha quedado solo con la túnica. En el momento de la crucifixión, dice Juan que esta “era sin costura, tejida toda desde arriba” (Jn 19,23). Las características de esta túnica recuerdan la túnica del sumo sacerdote (cf. Ex 28,31-32.38-39). Si en el momento de la pasión Juan quiere indicar que Jesús no muere solo como rey sino también como sacerdote, de igual manera en este gesto se pudiera identificar algo similar. El sacerdocio de Cristo se manifiesta en su diakonía como signo de ruptura y superación con la institución sacerdotal de su tiempo. San Gregorio de Nisa lo expresa así:

Jesús es el gran Pontífice que se anonadó a sí mismo en la forma de Siervo y ofreció dones y sacrificios por nosotros³⁰.

El manto, la toalla (lienzo), que el evangelista Juan menciona, y la túnica, prendas de vestir comunes en su tiempo, en realidad tienen un significado más profundo, por lo que en sí representan y que en la persona de Jesús aluden claramente a su identidad y a su misión, que en él son inseparables. El manto es signo de su señorío y profetismo, la túnica alude a su sumo Sacerdocio y la toalla,

²⁶ Cf. X. Léon-Dufour, *Lectura...* 27.

²⁷ <https://revistasaly luz.com/2013/06/01/tocando-el-manto-de-jesus/>.

²⁸ Cf. <https://es.slideshare.net/AntonioAgapeTonyTigreton/mantos-y-sus-significados-biblicos>.

²⁹

Cf. <https://www.biblija.net/biblija.cgi?biblia=biblia&q=MANTO&step=20&qall=1&qids=1&idq=24&pos=1&set=13&l=es&q1=1>.

³⁰ Gregorio de Nisa, *Contra Eunomium I*, PG 45, 177 B-C.

signo de diaconía–servicio, lo presenta como el esclavo que se pone al servicio de todos. En palabras de san Pablo:

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, y se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz (Rm 2, 6-8).

Jesús es consciente de su identidad y de su superioridad frente a cada uno de los discípulos. Él no es un maestro cualquiera, sino el Maestro y Señor. Así lo manifiesta cuando les explica el gesto que ha realizado con ellos: “Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque de verdad lo soy” (Jn 13,13), por lo que tiene toda autoridad para establecer un principio fundamental: todo discípulo tiene que obrar con sus hermanos con un estilo de vida basado en el servicio y en el amor humilde y generoso. Si él, que es el Maestro y Señor, se desviste de las ropas que indican su señorío y se ciñe una toalla para secar los pies de los discípulos, al igual que un esclavo, todo discípulo, como todo creyente, tiene que recorrer el mismo camino de abnegación y de amor que recorrió Jesús. “En efecto, un siervo no puede ser mayor que su señor, ni el enviado puede ser superior a quien lo envió” (Jn 13,16)³¹.

La tradición cristiana primitiva subrayó en esta acción de Jesús un signo de humillación ante los discípulos, una *kénosis*; sin embargo, no hay en esta sucesión de acontecimientos algo claro que denote este deseo de “abajarse”. Más bien, como escribe Léon-Dufour, “Jesús no se ‘abaja’, sino que asume una función de hospitalidad: aquella cena es su cena, la última cena con los suyos. La continuación del texto iluminará esta dimensión que añade a la del servicio como tal. [...] Sin perder el señorío que le confiere su condición filial, Jesús se presenta como el que sirve”³². En el momento en que él adopta la actitud de siervo, el evangelista Juan presenta la plenitud y la grandeza de su humanidad³³.

En el acto de despojarse del manto y ceñirse la toalla, el evangelista Juan se refiere, de manera simbólica, al misterio de la pasión y muerte de Jesús. Él se comporta como un servidor (a la manera de un esclavo) de la mesa, ya que su muerte es precisamente eso: un acto de servicio por la humanidad. San Agustín, comentando este versículo del evangelio, dice:

Y para ceñirse la toalla se puso antes sus vestidos, porque para tomar la forma de siervo, cuando se anonadó a sí mismo, tomó lo que no tenía sin dejar lo que tenía. [...] Quien iba a padecer la muerte se adelantó en hacer obsequios, no solo a aquellos por quienes iba a morir,

³¹ Cf. G. Zevini, *Evangelio según San Juan*, Sígueme, Salamanca 1995, 343.

³² X. Léon-Dufour, *Lectura...* 27, 31.

³³ Cf. S. Castro Sánchez, *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*, UPCo, Madrid 2002², 299.

sino también a aquel que lo iba a entregar a la muerte. Tan grande es la utilidad que reporta al hombre la humildad, que no dudó en recomendarla con su ejemplo la divina Majestad³⁴.

Queda claro, entonces, que en este gesto Jesús no esconde su divinidad, no pretende hacerlo, sino que, por el contrario, la manifiesta, pero una divinidad de índole distinta. Lo mismo que el Maestro se quita sus vestidos y se pone de rodillas ante los suyos, también será despojado y se doblará bajo el peso de la cruz. Aquí se simboliza la “hora” de Cristo, es decir, el don supremo de su vida a favor de sus amigos con la muerte humillante de la cruz³⁵. Este es el camino que igualmente tiene que recorrer la comunidad cristiana de todos los tiempos: despojarse de cualquier presunción, sin pretender nada más que servir desinteresadamente al Reino, ya que solamente es capaz de inclinarse a lavar los pies del discípulo (del prójimo) aquel que se ha quitado el manto del poder y se ha ceñido la toalla del servicio. Desde ahora, el auténtico poder radicará en el servicio, y el servicio (*diakonía*) se presentará como poder.

Un elemento que es preciso destacar, ya que el evangelista Juan se fija en detalles de gran contenido teológico en este acontecimiento, es el hecho de que, una vez terminado el lavado de los pies de los discípulos, Jesús tomó el manto y volvió a sentarse, sin indicar nada de la toalla (cf. Jn 13,12) ¿Se olvidó de ella? En realidad, no. “Jesús, al volver a la mesa, no se quita el paño, señal de su servicio, que culminará en su muerte, pero continuará para siempre. Por otra parte, al volver a su posición de hombre libre (se recostó a la mesa) con el paño puesto, muestra que el servicio prestado por amor no disminuye la libertad ni la dignidad del hombre. Se integra ahora en el grupo de iguales que ha creado con su gesto”³⁶. Jesús nunca perderá su calidad de siervo.

También en la liturgia de la Iglesia a lo largo de los siglos se ha mantenido el signo de la “toalla ceñida” como imitación de este gesto de Jesús. Así, por ejemplo, en la antigüedad el Papa usaba en las misas pontificales el *subcincitorio*, que era una estrecha banda de tela de la misma hechura que la estola y la casulla, muy parecido al manípulo, pero en su extremo tenía bordado un Cordero de Dios, y no una cruz. Se colgaba sobre el cingulo del lado derecho. Entre los diversos significados que tenía era el de humildad, como un recuerdo de la toalla que se ceñió Jesús para lavar los pies en la Última Cena³⁷. Este ornamento cayó en desuso con la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. En la actualidad, solo se encuentra una referencia a este

³⁴ Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan: Obras completas*, XIV, BAC, Madrid 1957, 305.

³⁵ Cf. G. Zevini, *Evangelio...* 339.

³⁶ J. Mateos y J. Barreto, *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*, Cristiandad, Madrid 1979, 597.

³⁷ Cf. <https://liturgiapapal.org/index.php/manual-de-liturgia/vestiduras-liturgics/ornamentos-papales/347-el-subcincitorio.html>.

signo en el Misal Romano el Jueves Santo, en la Misa *In Cena Domini*, después de la homilía, que dice:

El sacerdote (deja la casulla, si es necesario) se acerca a cada una de las personas designadas y, con ayuda de los ministros, les lava los pies y los seca.

LUEGO ECHÓ AGUA EN LA JOFAINA Y SE PONE A LAVARLES LOS PIES A LOS DISCÍPULOS (JN 13,5)

Esta escena, precisamente por el denso contenido teológico que encierra, es un momento de contrastes. Parece absurdo, pero se puede afirmar que en este gesto es el mismo Dios quien se agacha ante su propia imagen. Es esto lo que los discípulos, especialmente Pedro, no pueden aceptar. Ya se ha dicho que Jesús no pretendía ocultar su divinidad: en la corporalidad de su humanidad se expresa la totalidad su divinidad. Por tanto, se pudiera pensar que el evangelista tiene en mente aquella bienaventuranza:

Dichosos aquellos siervos a quienes el señor, al venir, encuentre velando; en verdad les digo que se ceñirá para servir, y los sentará a la mesa, y acercándose les servirá (Lc 12,37).

El relato evangélico deja notar entre Jesús y los discípulos una tensión palpable. ¿Qué pretende hacer el Maestro? Pedro, con su carácter explosivo, le dice: “Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? Jamás me lavarás tú los pies” (Jn 13, 7-8). Entre los discípulos habían discutido sobre quién tendría el lugar más elevado en el Reino (cf. Mt 20, 20-28), y ahora, delante de ellos, emerge una imagen que jamás se figuraron: el Maestro, igual que un esclavo, queriendo lavarles los pies. Los discípulos no tenían siervos, y seguramente ninguno de ellos quería rebajarse a realizar esta humillante tarea; por esta razón, tampoco podían aceptar que Jesús lo hiciera.

Para entender este particular gesto, es importante tener presente que este pasaje de la cena y todo lo que allí sucedió son el inicio de la segunda parte de este evangelio, llamada *libro de la pasión–gloria*. Esta doble dimensión está presente en todo el relato, como se ha indicado en la acción de quitarse el manto y ceñirse la toalla. En este contexto, la interpretación del lavatorio de los pies a los discípulos puede hacerse desde diferentes enfoques teológicos.

Entrega–glorificación

Así como en los evangelios sinópticos colocan como pórtico de la pasión de Jesús la institución de la Eucaristía, el autor del cuarto evangelio hace que el lavatorio de los pies ocupe ese lugar. Los exegetas coinciden en decir que todo lo referente a la Eucaristía, con las peculiaridades propias de Juan, se encuentra en el discurso del capítulo 6. Por lo tanto, lo que el evangelista quiere decir es que,

si la Eucaristía es ‘memorial’ (cf. Lc 22, 19) de su entrega y servicio final (pasión-muerte-resurrección), no puede no serlo de su entrega y servicio durante su vida: el lavatorio sería, entonces, como el eslabón que une el servicio-entrega de su vida con la muerte de Cristo³⁸.

Desde este punto de vista, se entiende por qué el lavatorio de los pies sustituye a la institución de la Eucaristía: porque explica simbólicamente lo que sucederá en el Calvario. En este gesto del Maestro, se contempla la manifestación del amor trinitario en Jesús que se humilla, que se pone a disposición de todo hombre y mujer, revelando así que Dios es humilde y manifiesta su omnipotencia y su suprema libertad en la aparente debilidad³⁹.

El lavatorio simboliza toda la misión de Jesús: la entrega de su vida; no solo el servicio prestado a los demás, sino el servicio supremo prestado a los hombres por el siervo de Dios por excelencia. Si Jesús no hubiese prestado este servicio, los hombres no tendrían parte con él en su propia filiación y en la herencia prometida⁴⁰.

Servicio-diaconía

La relación entre la institución eucarística y el lavatorio de los pies, que implícitamente se percibe en la intención del evangelista Juan, tendría como finalidad profundizar en su carácter diaconico y de amor fraterno derivado del ejemplo conmovedor del Maestro. Es el gesto más elocuente que encarna el sentido pleno del mandamiento del amor fraterno, a la manera de Jesús. La humildad hace fecundo el servicio y el amor, porque lleva consigo morir a sí mismo para dar vida. De esta forma, la Eucaristía remite así a una vida, a un ejemplo, a una entrega sin medida: “Si yo, pues, les he lavado los pies, siendo su Maestro y su Señor, también ustedes han de lavarse los pies unos a otros” (Jn 13,14)⁴¹.

Todo servicio implica una diferencia entre el que da y el que recibe, marcada muchas veces por las responsabilidades, las funciones o los dones de cada cual. Al decirse Señor y Maestro, Jesús mantiene la diferencia que dista entre él y sus discípulos; pero, al lavarles los pies, invierte la voluntad de poder que tantas veces se disimula en la adhesión a una persona (por eso la reacción de Pedro).

Con este gesto, Jesús franquea el espacio jerárquico que los hombres establecen entre sí; él, el Señor, se hace realmente amigo de sus discípulos, se hace igual a ellos. Así pues, no se trata de clasificar a los hombres según su papel, su superioridad, su estatuto social; se trata de triunfar sobre esta separación suprimiendo las distancias (cf. Mt 23, 1-3.6-11)⁴².

Desde esta perspectiva queda claro que, con este gesto de Jesús, se combate todo deseo de poder en la comunidad. El servicio al que están invitados los discípulos de todos los tiempos no merece este título, porque deja de ser un simple servicio a favor de los demás y se convierte en *diakonía*, es decir, en un servicio desinteresado

³⁸ D. Borobio, “Leituria... 152.

³⁹ F. Oñoro, *Jueves Santo*.

⁴⁰ F. Fernández Ramos, “Evangelio según san Juan”: Casa de la Biblia, *Comentario al Nuevo Testamento...* 311.

⁴¹ D. Borobio, “Leituria... 152.

⁴² X. Léon-Dufour, *Lectura...* 51.

que se ha de entender, no como simple “condescendencia” o “superioridad” que se rebaja para encontrarse a la altura de quien es servido, sino como relación de hermanos que tienen que hacerse amigos y servirse mutuamente. “Sírvanse por amor los unos a los otros” (Gál 5,13).

Joseph Ratzinger dirá que el Señor “acepta y realiza el servicio del esclavo, lleva a cabo el trabajo más humilde, el más bajo quehacer del mundo, a fin de hacernos dignos de sentarnos a la mesa, de abrirnos a la comunicación entre nosotros y con Dios, para habituarnos al culto, a la familiaridad con Dios”⁴³. En la mesa de la Eucaristía no pueden existir divisiones, ni poderes, ni clases; en la ella, todos los comensales son amigos y hermanos; participan solamente los que han sido purificados por el agua, aquellos cuyos pies han sido lavados y secados por el Sacerdote y Siervo del Padre. En definitiva, para ser dignos de sentarse y participar de ella, hay que tener el alma llena de profunda humildad y viva caridad con el prójimo.

Finalmente, dejando a un lado la práctica de la hospitalidad de aquellos tiempos, es posible descubrir una intención secreta en el autor sagrado al tratar no de las manos, sino de los pies.

Jesús se muestra dependiente de sus discípulos, y más exactamente, de sus pies misioneros, que en adelante irán por el mundo, después de su regreso al Padre, a irradiar por todas partes su presencia⁴⁴.

En Palabras de san Agustín:

Jesús lava los pies de sus discípulos, no las manos u otra parte del cuerpo. No hacía falta, porque sabía que se ensuciarían constantemente en el peregrinar diario, en el servicio constante a los demás⁴⁵.

Un antiguo himno litúrgico de finales del siglo IV sobre el lavatorio de los pies reza:

Fijaos, discípulos míos, cómo os he servido y la obra que os he prescrito. Mirad, yo os he lavado y limpiado; así que apresuraos. Caminad sin miedo por encima de los demonios y sin asustaros sobre la cabeza de la serpiente. Caminad sin temor. Sembrad el Evangelio por las tierras e injertad el amor en los corazones de los hombres. Mirad, yo, que soy vuestro Dios, me he rebajado y os he servido para prepararos la Pascua perfecta hasta alegrar la cara de todo el mundo. Id también vosotros y aprended a ser ‘siervos por amor’.

Comunión–identidad

Si, como dice san Agustín: “La Eucaristía es sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad”⁴⁶, entonces se puede afirmar que el gesto del lavatorio de los pies es el sello que hace eficaz y permanente este signo de unidad y comunión íntima entre el Señor y Maestro y sus discípulos. En este acto “sacramental” de Jesús en el marco de la cena pascual se pondrá a prueba la identidad del discípulo.

⁴³ J. Ratzinger, *El lavatorio de los pies*, BAC Popular, Madrid 1990, 114-120.

⁴⁴ X. Léon-Dufour, *Lectura...* 52.

⁴⁵ Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio...* 309.

⁴⁶ Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio...* 671.

Así como comer su cuerpo y beber su sangre implican una participación total en la vida de Cristo, aceptar el lavatorio de los pies significa tomar parte en la acción del Señor, compartirla con los demás y dejarse identificar con este acto.

Jesús, con la toalla ceñida, les lavó los pies a sus discípulos para enseñarles lo que es la verdadera comunión entre el discípulo y el Maestro. Dos expresiones de Jesús en el relato bíblico lo dejan claro. La primera es a Pedro, cuando rehúsa a que él le lave los pies: “Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo” (Jn 13,8); y la segunda alude a Judas, quien había roto la comunión con el Maestro desde el momento en que había decidido entregarlo: “Ustedes están limpios, pero no todos. Porque sabía quién habría de entregarlo” (Jn 13,11).

Las palabras de Jesús a Pedro ponen a prueba su discipulado. Con él, todo es sí o todo es no: “El que no está conmigo está contra mí; y el que no recoge conmigo desparrama” (Mt 12,30). Antes de que el Maestro volviera a decirle: “¡Apártate de mí, Satanás! Tú eres una piedra de tropiezo para mí, porque no piensas como piensa Dios, sino como piensa la gente” (Mt 16,23), le pide también que lave todo su cuerpo. San Agustín, comentando este pasaje, exclama:

Turbado Pedro entre el amor y el terror y sintiendo más el horror de ser apartado de Cristo que verlo humillado a sus pies, replica: Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza. [...] Para que tú no me niegues tener parte contigo, yo no te niego parte alguna de mi cuerpo para que la laves⁴⁷.

Aceptar esta comunión con el Maestro quiere decir continuar en el tiempo y en la historia el lavatorio, “lavar con Cristo los pies sucios del mundo. Jesús dice: ‘Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también vosotros habéis de lavaros los pies unos a otros’ (13,14). Estas palabras no son una simple aplicación moral del hecho dogmático, sino que pertenecen al centro cristológico mismo. El amor se recibe únicamente amando”⁴⁸. Para ser digno de Cristo y tener parte con él, no hay más que un camino. El servicio, la pobreza y la entrega caracterizaron su vida; estas son las credenciales y atributos del Reino que vino a establecer. Cambiar el mundo, transformarlo, siguiendo el ejemplo del Maestro, ha sido y sigue siendo la misión de la Iglesia⁴⁹.

HAGAN ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA

De nuevo traemos a la mente la mesa del banquete, no porque este último gesto profético de Jesús continuara inmediatamente después del lavatorio de los pies a sus discípulos, sino porque nos sitúa en la institución de la Eucaristía, que es el telón de fondo o el eje central que une todo lo que estamos diciendo. Tres gestos de Jesús en la cena pascual se han analizado ya, pero aún queda uno: el memorial de todo

⁴⁷ Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio...* 307.

⁴⁸ J. Ratzinger, *El lavatorio...* 114-120.

⁴⁹ Cf. <http://www.autorescatolicos.org/misc03/camilovalverdeellavatorio.htm>.

aquello ha pasado. Parece incluso que en este momento Jesús cambia su actitud, tal como se puede leer entre líneas. Es ahora un imperativo el que resuena en los oídos de sus discípulos: “Hagan esto en conmemoración mía”. Una orden que se constituye en una norma de vida, un futuro que es presente, un recuerdo que no es *mímesis*, sino *anámnesis*.

Recordar será fundamental para entender esto que Jesús está pidiendo a sus discípulos. Es necesario pensar

en la herencia cultural de Jesús, que era judío, y ver cómo los Israelitas “recordaban” su propia historia, especialmente cómo lo hacían en sus propias cenas de Pascua. Ellos entendían esta forma de recordación como una participación activa en un acontecimiento sucedido en el pasado; es como si, al narrar la historia todos juntos en una cena, ellos mismos pasaran a ser parte de ella. A pesar de que todo sucedió hace muchos siglos, los judíos sienten que ellos mismos están siendo liberados, y celebran junto con Moisés. Toda la historia cobra vida para ellos y la reviven personalmente⁵⁰.

La gran novedad está en que Jesús manda a sus discípulos repetir lo que se realizó en la cena pascual, la última antes de su muerte; pero debe hacerse en memoria suya. Es aquí donde esta memoria deja de ser un momento nostálgico en el que se recuerda el gran acto de amor del Maestro por sus discípulos, como si hubiese quedado en el pasado, y se convierte en *conmemoración*, en griego *anámnesis*; es decir, una actualización de lo acaecido aquel jueves en la tarde.

Es el reconocimiento de que la oferta de la redención realizada un día en la cruz sigue abierta para todos los que participan en la Cena del Señor⁵¹.

Es decir, en la expresión “háganlo en memoria mía”, al partir y repartir el pan y el vino –cuerpo y sangre de Cristo–

los cristianos recuerdan el valor salvífico de la muerte de alguien que resucitó, está presente en su comunidad y es reconocido y aclamado como Señor, como *Kýrios*. [...] Se enlazan así tres aspectos temporales: la alusión a la muerte de Jesús (en el pasado), la repetición del rito a través de la historia (en el presente) y la expectativa de la parusía de Jesús, es decir, su dimensión escatológica (en el futuro)⁵².

Es así como la celebración de este Memorial hace presente “aquí” y “ahora” en la Liturgia aquello que sucedió en la cena pascual. *Per ritus et preces*, la liturgia encarna sacramentalmente el mandato de Jesús a sus discípulos. Es, en palabras de Dionisio Borobio, una “anámnesis viva en la comunidad celebrante para la transformación salvadora”⁵³; porque es en ella donde la Iglesia vive y manifiesta su experiencia de fe, y celebra la presencia del misterio. Desde este punto de vista, el “Hagan esto en conmemoración mía” en la Liturgia “viene a ser como la memoria, el paradigma, el punto de referencia, y el impulso para el testimonio, en la vida”⁵⁴.

⁵⁰ https://la-palabra.com/archives/article/en_conmemoracion_mia/.

⁵¹ E. Córdoba González, *1 y 2 Corintios*... 136.

⁵² E. Córdoba González, *1 y 2 Corintios*... 136.

⁵³ D. Borobio, “Leiturgia... 144.

⁵⁴ D. Borobio, “Leiturgia... 144.

Por ser obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia (cf. SC 7c).

Desde este punto de vista y en relación con nuestro tema, cuando se habla de memorial en el mandato de Jesús a sus discípulos, se puede hacer desde dos esquemas teológicos: una memoria cultural –“Hagan esto en conmemoración mía”, referido a su Cuerpo y a su Sangre– y una memoria existencial –“Hagan también ustedes como yo he hecho”, referido al lavatorio de los pies–. Estos mandatos se constituyen en norma de vida para la conducta de un cristiano, porque el contexto es el mismo para ambos: la cena pascual. La insistencia en el “hacer” caracteriza estas dos frases, dado que es un signo claro de unidad y comunión con él. El cumplimiento de este mandato, además, trae consigo una promesa: “Serán bienaventurados si llegan a hacerlo” (v. 17).

La eucología de la Plegaria Eucarística I para la misa con niños, inmediatamente después de las palabras de la Consagración, dice: “Padre santo, lo que Jesús nos mandó que hiciéramos ahora lo cumplimos en esta Eucaristía: te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de la salvación, proclamando así la muerte y resurrección de tu Hijo”. Esta es la “memoria cultural” que manifiesta claramente el “Hagan esto en conmemoración mía” en relación con el acto fundante de la Iglesia. Jesús mismo está presente en el altar: en su cuerpo y en su sangre, en el ministro que preside la celebración *in persona Christi*, en la asamblea reunida como “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios” (1P 2,9). Por esta razón, es mucho más que un simple recuerdo. Es la celebración de la última cena con Jesús y sus discípulos, con Jesús y su Iglesia, en el “aquí” y “ahora” de la historia.

No menos importante es la eucología de la oración sobre las ofrendas de la *Misa de ordenación de un diácono*: “Padre Santo, ya que tu Hijo quiso lavar los pies de los discípulos para darnos ejemplo, recibe los dones que te presentamos y haz que, al ofrecernos a ti como oblación espiritual, quedemos llenos del espíritu de humildad y de celo en tu servicio”. Se encuentra en esta oración una interpretación clara de la “memoria existencial” en el hecho de que el recuerdo del lavatorio de los pies se constituye en el ejemplo a través del cual la Iglesia se ofrece al Padre como oblación espiritual junto con los dones del pan y el vino, e implora el don del espíritu de humildad y de diligencia para cumplir con fidelidad el servicio auténtico que quiere Jesús de sus discípulos.

Está claro, entonces, que

los dos mandatos abren a un futuro caracterizado por la relación explícita del creyente con la persona de Jesús en dos terrenos distintos: el cultural y el existencial. Las dos consignas quieren hacer al Ausente presente en la vida del discípulo, aun cuando el “hacer” respectivo no sea del mismo orden: reproducir los actos de Jesús en la institución de la Eucaristía y consagrar su vida al servicio de los hermanos. Las dos disposiciones tienen la función de constituir la comunidad

de los discípulos de Jesús y deben seguir estando en relación dialéctica, ya que la una no puede mantenerse sin la otra⁵⁵.

Este “doble memorial” permite al lector entender por qué el evangelista Juan sustituye la narración de la institución de la Eucaristía por el lavatorio de los pies. El doble servicio sacerdotal de Jesús, implícito en toda la narración,

pone de manifiesto la “realidad” que, en último análisis, tiene que intensificar la Eucaristía entre los creyentes: el amor fraternal que tiene una fuente divina. Lejos de ser un añadido opcional, el lavatorio de los pies es necesario para manifestar que la vida no se basta a sí misma y que, si no quiere hacerse ilusoria, encuentra todo su sentido tan solo en la práctica de un amor efectivo. Si la eucaristía hace a la Iglesia, el “ejemplo” del lavatorio de los pies sigue siendo el acto fundador por el que se constituye la Iglesia⁵⁶.

Concluamos este apartado recordando estas palabras de Dionisio Borobio:

La Eucaristía es, pues, el lugar de la *koinonía* y de la comunión fraternal en el amor, y, por lo mismo, es también el lugar de la *diakonía* y el servicio o entrega real a los hermanos, sobre todo a los más necesitados. En ella se continúan ahora tanto el “lavatorio de los pies” cuanto la “multiplicación de los panes”. [...] Por ella es como mejor podemos experimentar y creer que amar es servir, y partir el pan es compartir la vida y comulgar en el Cuerpo y Sangre de Cristo es comulgar con los más pobres y necesitados, y celebrar la memoria de Cristo es comprometerse en la caridad con los hermanos⁵⁷.

También ustedes deben lavarse los pies unos a otros
(Jn 13,14)

Antes de concluir esta reflexión, es importante detenerse en el mandato de Jesús a sus discípulos: “También ustedes deben lavarse los pies unos a otros” (v.14), porque prolonga en la historia la que hemos llamado “memoria existencial”. Para ello es necesario tener como punto de partida una pregunta: ¿En qué consiste la acción que se espera de los discípulos? Evidentemente, no se trata de que los discípulos reproduzcan la acción material de lavar los pies. Esto que les pide Jesús no se hace con agua y jabón, sino que parte de la disponibilidad fundamental y efectiva de estar al servicio unos de otros, un servicio sin reservas, exento de voluntad de poder⁵⁸.

La clave de lectura para interpretar este mandato sigue siendo su imperativo: “Hagan esto en conmemoración mía”. Él les ha dado ejemplo de entrega, de humildad y de servicio; ahora les corresponde a ellos, a sus discípulos, hacer lo mismo ¿Por qué? Situémonos de nuevo en el contexto de la cena pascual, ya que ahí encontramos el sentido de todo. Nada de lo que sucedió aquella tarde puede interpretarse de manera independiente, forma parte de un todo. Cada momento es como un pequeño eslabón de una única cadena: la comunidad de vida con Jesús.

Sin pretender forzar el texto sagrado, podemos contextualizar así el texto bíblico. El mismo evangelista Juan, unos versículos más adelante del mismo capítulo 13,

⁵⁵ X. Léon-Dufour, *Lectura...* 49-50.

⁵⁶ X. Léon-Dufour, *Lectura...* 49-50.

⁵⁷ D. Borobio, “Leiturgia...” 153, 155.

⁵⁸ X. Léon-Dufour, *Lectura...* 34.

después de anunciar la traición de Judas y comunicar su salida de la sala, inicia un discurso de “despedida” en el que *entrega* a los discípulos un nuevo mandamiento: “Ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros” (v. 34). Es verdad que este precepto ya se lee en el Levítico (19,18), mas no con el hondo sentido que le da Jesús, sobre todo en su pasión.

Luego añade Jesús: “En esto conocerán todos que ustedes son mis discípulos, si se aman unos a otros” (v.35). Un mandamiento nuevo que constituye el distintivo de la nueva comunidad que nace en la cena pascual, y cuya esencia será el amor mutuo entre los discípulos. No se trata solo de un simple amor altruista y humanitario, basado en sentimientos, sino de un amor efectivo de entrega, hecho de comunicación y sacrificio, un amor que encuentra en el amor de Jesús la fuerza para amar a sus semejantes⁵⁹.

Entendido de esta manera, podríamos pensar que el mandato de lavarse los pies los unos a los otros integra este gran Nuevo Mandamiento, algo así como: “Lávense los pies los unos a los otros como yo se los he lavado a ustedes”. Este otro gesto de Jesús es la puesta en práctica o ejemplo de aquello que luego les mandará: “Ámense”. “El amor del Hijo a sus discípulos engendra en ellos un movimiento de caridad; su amor pasa a ellos cuando aman a sus hermanos y son amados por ellos”⁶⁰. De esta manera, actuando con una verdadera conciencia de servicio—*diaconía* se darán a conocer como auténticos discípulos. Esta es la señal.

Para los discípulos de Jesús, todo lo que ha sucedido en la cena pascual es completamente nuevo. Los gestos y las palabras del Maestro han resultado plásticas para ellos. Los mismos que en otro tiempo se interesaban por saber quién de ellos era el más importante (cf. Lc 22,24) han recibido una enseñanza insólita. Si Jesús, que es el Maestro, pudo hacerlo, no debería haber nadie entre ellos que no pueda hacerlo. Era muy difícil entender eso de lavarse los pies entre iguales, porque siempre era tarea de alguien de clase inferior; muy pocas veces se hacían en señal de profundo amor. “Con esto, Jesús subraya que tal servicio sería un lavarse los pies unos a otros; en otras palabras, consistirá en aceptar los límites, los defectos, las ofensas del hermano, al mismo tiempo que se reconocen los propios límites y las ofensas a los hermanos”⁶¹. En la nueva comunidad (la Iglesia) todos son iguales, no puede haber clases sociales.

Este mandato de Jesús:

También ustedes deben lavarse los pies unos a otros”, ofrece el paradigma de nuestros comportamientos si quieren situarse en la línea de la lógica eucarística. Y quien está en la mesa de la Eucaristía debe “quitarse el manto”. El manto del beneficio, del cálculo, del interés

⁵⁹ Cf. F. Fernández Ramos, 313.

⁶⁰ X. Léon-Dufour, *Lectura...* 71.

⁶¹ F. Oñoro, *Jueves Santo*.

personal, para asumir la desnudez de la comunión; el manto de la mentalidad burguesa, para ponerse las transparencias de la modestia, de la sencillez, de la ligereza; el manto del dominio, de la arrogancia, de la hegemonía, de la prevaricación, del acaparar, para recubrirse con los velos de la debilidad y de la pobreza. Debe abandonar los signos del poder para conservar el poder de los signos⁶².

Cuentan que, una vez, la madre Teresa de Calcuta estaba lavando los pies a un leproso, y uno de los que estaban ahí le dijo: “Madre Teresa, eso que usted hace yo no lo haría ni por un millón de dólares”. Ella respondió: “Yo tampoco. Lo hago por amor a Jesús”. Esto es lo que significa este mandamiento; este es el “memorial existencial” del que hemos hablado. Hacerlo todo con la certeza de que el mismo Jesús está presente. Esto es lo que significa verdaderamente “ceñirse la toalla” y despojarse de todo aquello que nubla la mirada y no nos permita descubrir a Cristo presente en el que lo necesita. Significa no olvidar nunca sus palabras: “Todo aquello que hicieron a uno de estos mis hermanos humildes a mí me lo hicieron” (Mt 25,40).

Por esta razón, la liturgia está llamada a ser un signo profético –como el de Jesús– de servicio que promueva la dignidad humana, capaz de descubrir en el otro a Cristo: al mismo a quien se celebra en cada acto litúrgico de la Iglesia, a quien se parte en el altar y se comparte entre los discípulos. Es hacer vida aquello que le pedimos a Dios en la celebración de la Eucaristía: “Concedéndonos vivir en la práctica una religión pura y sincera”⁶³. Así como el lavatorio de los pies es un signo de pertenencia al Maestro y de misión en la Iglesia, así también en la actualidad los cristianos estamos llamados a ponernos la toalla en la cintura, postrarnos ante tantos hermanos heridos en nuestra sociedad y lavar, curar, secar y perfumar sus pies.

La túnica sacerdotal de Cristo y la toalla de Siervo permanecen siempre unidas en la Iglesia, que celebra el misterio central de la fe en la liturgia, la cual es, a la vez, fuente de la auténtica caridad cristiana. Aquello que se celebra en la mesa de la Eucaristía se hace vida y se concreta en la *diakonía* desinteresada de la comunidad cristiana.

De esta forma, los cristianos asumimos que nuestra historia es la historia –con Dios–; que nuestras manos son las manos –con Dios–; que, cuando lavamos los pies de los otros, estamos repitiendo el gesto eucarístico (¡lavar los pies es signo de la gracia; eu-xaris; eucaristía!) de Jesús⁶⁴.

JUAN PABLO MARTÍNEZ PELÁEZ, OAR
Curia Generalizia
Roma (Italia)

⁶² https://mercaba.org/LECTIO/Jn_13_01-05.htm.

⁶³ Oración sobre las ofrendas. Fiesta de los santos apóstoles Felipe y Santiago.

⁶⁴ <https://blog.cristianismeijusticia.net/2019/09/06/la-diakonia-de-jesus-el-arte-de-lavar-los-pies>.



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA